

Dialoguemos...

Pensamientos Suelos sobre los Doctorados Honoríficos

Cada vez que alguien me trata como el Dr. Hill inmediatamente respondo: «Prefiero que me llame Tim. Hasta la semana que viene no operaré ningún cerebro. Cualquier doctor en Psicología siéntase en la libertad de decirme a qué se debe, pero veamos.

En el 2006, cuando era el secretario general, me notificaron de las intenciones del Seminario Teológico de la Iglesia de Dios y el Dr. Stephen J. Land, su presidente, me habían recomendado ante la Junta como recipiente de un doctorado honorífico (*honoris causa*). Se me informó que ese reconocimiento se debía a mis treinta años como compositor. El homenaje sería parte de las actividades de la colación de grados de ese año.

Me invitaron a una cena con los estudiantes y la facultad en la víspera de la graduación. Me acerqué al podio y miré los rostros de las mujeres y los hombres que se habían «ganado» sus doctorados del modo tradicional. También se ganaron las facturas y las deudas de entre \$60 a 100,000 dólares, dependiendo del caso.

Recuerdo haber dicho: «Gracias, presidente Land y facultad. Me siento honrado y ciertamente afirmado por el hecho de que han reconocido que mis canciones ministran a la gente y dan fruto. No lo tomo a la ligera, pero créanme que estoy aceptando este reconocimiento por sus méritos. Me siento halagado. Sin embargo, me comprometo con ustedes, los que han caminado por estos pasillos, tomado las clases y dedicado un sinfín de horas y años a sus estudios, que no abusaré de este privilegio dándomelas de “doctor”».

Al otro día, durante la graduación, decliné la oportunidad de dirigirme a los presentes que llegaron a homenajear a los estudiantes. No tomé la palabra, pero acepté la estola y el certificado que pusieron en mis manos. Fue un gran honor.

No firmo mis cartas como el Dr. Hill. Mi esposa no me llama Dr. Hill. Una vez traté de que lo hiciera, pero no me fue tan bien (es broma). Claro, ustedes ven que soy presentado en los videos como el Dr. Hill. Nunca he pedido ese tipo de tratamiento. En la oficina me llaman «Hermano Hill». Inclusive he pedido que me llamen «pastor». No me molesta que me llamen por mi nombre. Muchas personas por deferencia me llaman «obispo». La cosa es que no tengo una preferencia. Como decía mi amigo Kenny Hinson, «No me molesta que me llame ‘el que se fue’».

Ahora bien, tampoco me molesta que otras personas que han recibido grados honoríficos insistan en el tratamiento de «doctor». Sin embargo, coincido con el Dr. Russell A. Morris, quien señala el abuso de esta práctica sin tomar en cuenta de dónde provino el título.

En resumidas cuentas, todos fuimos a la escuela. Algunos estudiaron en la liga de marfil y otros en la calle. Ya sea que tengamos diplomas en la pared o las marcas de la vida en el corazón, cada uno tiene su historia y contribución. Ante lo dicho, es comprensible la ofensa de quienes han invertido su tiempo y dinero en la búsqueda de sus doctorados, viendo como tantos que solamente poseen títulos honorarios insisten en ser tratados como si fueran doctores en propiedad. Quienes han recibido el reconocimiento de seguro afirman que sus logros hablan por sí solos, por lo que merecen el título.

¿Qué hacemos, entonces?

1. Sea honesto en cuanto a la procedencia de su título. Nada más ni menos.
2. Reconozca su importancia. Las instituciones y los homenajeados toman estos reconocimientos en serio. Las instituciones acreditadas no los otorgan a la ligera. Tienen un valor.
3. No abuse del honor. Nada malo en que acepte que lo traten como doctor o doctora, pero tampoco ande con exigencias.
4. Acuérdesse de que no todos entienden la diferencia entre un grado honorífico y uno ganado. Por eso debemos ser cuidadosos. No tengo conocimientos de psicología ni pretendo lo que no soy. Sí, tengo mucha experiencia, pero reconozco mis limitaciones y de ninguna manera aparentaré lo que no soy.
5. Sea agradecido o agradecida. Por alguna razón recibió ese homenaje. Dé las gracias y siga adelante.
6. No lo use como una excusa para dejar de superarse académicamente. Los títulos reconocen los logros de una persona. Si ha sido homenajeadado, quién dice que no puede completar un grado formal. Si se ha graduado de un doctorado, qué evita que obtenga otros reconocimientos.
7. Respete a los demás. Todos tenemos una historia. El erudito tiene una historia, como también aquellos que no completaron su educación.

Si bien entendemos el esfuerzo de haber obtenido un título, de ninguna manera debemos menospreciar a los que siguieron rutas poco convencionales.

Yo admito que no me gané mi doctorado. Acabando de graduarme de la escuela superior me matriculé en el Colegio de Weatherford, luego Colegio del Condado de Tarrant, cuando ya era pastor. Terminé mis clases en la Universidad Cristiana de Texas, de donde me transferí a la Universidad de Lee y culminé mi Bachillerato en Ciencias en el 1988. Tomé unos cursos en el Seminario Teológico Pentecostal, al cual tengo en alta estima.

No creo que sea digno de este título. Dios me ha dado más de lo que merezco, como seguramente será su caso. Lo cierto es que casi todos tenemos nuestros diplomas y otros hemos ganado las cosas poco a poco aquí y allá.

Nos hemos ganado las canas (si las tiene). Nos hemos ganado las arrugas en la frente. Nos hemos ganado los callos en las rodillas orando hasta la medianoche, y también el derecho de admitir junto a Pablo, «no hago lo que quiero, sino lo que no quiero hacer, pobre de mí».

Gracias a Dios por la misericordia con que nos ha revestido y matriculado en el Reino de su amado Hijo. Ahora vamos de «gloria en gloria, mediante el Espíritu del Señor».

Disculpen que haya empezado a predicar.

Dios les bendiga,

Tim,

Cristiano, hijo, esposo, padre, abuelo, pastor, amigo, redimido, picador salvo por gracia y peregrino